



El suicidio de Marilyn

Hay pueblos mucho más cultos, más ricos y más civilizados que el nuestro. Casi todos, para ser sinceros. Empero, ninguno puede salirnos adelante porque aquí, afortunadamente y por un privilegio especial de la Divina Providencia, sabemos, aún sin conocerlas, dónde ponen las garzas. Este es un país, como lo dijo un notable hombre público recientemente, en donde las cosas que no sabemos las adivinamos. ¡Viva Colombia!

La prueba más palmaria de esto la tenemos en el éxito extraordinario que tuvo la mesa redonda que se celebró en el Teatro Odeón, acerca de las causas que llevaron al suicidio a Marilyn Monroe. Don Hernando Salcedo y el profesor José Francisco Socarrás disertaron sobre este tema casi con tanta propiedad como lo hubiera hecho la linda occisa.

El primero en pasar el bate fue don Hernando. Don Hernando explicó con gran sentimiento y fluidez lo duro que es llegar a ser estrella de cine. Las empresas son insaciables, y si una actriz tiene éxito desnudándose completamente gracias a sus hermosos molletes y redondeces, la obligan a que se desvista más. Don Hernando hizo luego una descarnada y conmovedora sinopsis de la vida de Marilyn y terminó poniendo paz para su tumba. Fue muy aplaudido y todas las señoras asistentes empezaron a parar los ojos.

La parte psiquiátrica, que vino luego, estuvo a cargo del profesor Socarrás. Este contó cómo las frustraciones habían principiado para Marilyn en la cuna. No tenía aún doce días de nacida, cuando fue menester retirar al futuro budín del seno materno y pasarla a tetero. Es posible, agregó él, que esto creara en la subconciencia de la pequeñita un complejo especial de superación pectoral y de grandiosidad torácica que, con el tiempo, tuvo la más entera y satisfactoria culminación. En efecto, ya formada,

Marilyn ostentó todo el seno de que había carecido en su infancia. Lo tuvo por las dos, es decir, por ella y por su madre enferma.

El auditorio se sorbía las palabras del profesor Socarrás, el cual, sintiéndose estimulado, hizo una revelación sensacional. En realidad, dicha revelación es algo que a nadie se le había ocurrido. "Marilyn —dijo— descubrió a los doce años que a medida que su formación física iba alcanzando su plenitud despertaba mayor atracción entre sus compañeros de escuela..." ¡Cosa rara!

¡Marilyn nunca fue objeto de verdadero amor!, agregó el profesor José Francisco. Nadie la amó por el espíritu, sino por lo que iba fuera del espíritu. No por el alma sino por el 38-26-38 que tenía de busto, caderas y cintura. ¡Pobre niña!, continuó el profesor: fue siempre sola por la vida, al contrario de quienes salían con ella, que iban siempre tan bien acompañados! Buscó un alivio para esto en los barbitúricos y últimamente no había noche en que no se tomara veinte o veinticinco seconales. Hace algunos días exageró la dosis, aumentándola con la lectura de El Revés y el Derecho, y Marilyn se nos fue. El profesor José Francisco, visiblemente conmovido, concluyó diciendo que la niña en rigor murió de soledad y que, en lugar de Marilyn, ha debido llamarse más bien Solita Monroe. ¡El Odeón era un solo sollozo!

Entre tanto, en los Estados Unidos se esfuerzan por averiguar las causas que condujeron al suicidio a Marilyn, sin encontrarlas. Es satisfactorio que aquí, en cambio, las conozcamos tan perfectamente gracias a don Hernando Salcedo y al profesor Socarrás, cuyo mayor mérito al hablar de Marilyn consiste en haberlo hecho "sin conocerla y sin tener el honor de haberla sometido al psicoanálisis".

Por Klim